



COLECTIVO
LATINOAMERICANO
DE JÓVENES

LAS NUEVAS FORMAS DE PARTICIPACION JUVENIL Y SU INCIDENCIA EN LO POLITICO

**Catherine Bórquez T. [Chile]
Catherine.borquez@gmail.com
Socióloga**

Históricamente en nuestro país Chile así como en toda América Latina, los movimientos sociales han estado situados, tal como lo define la sociología de la acción de los años '80 (representada por A. Touraine), en el marco del proceso transformador expresando la conjugación entre política y educación y su presencia en las luchas populares por recuperar la democracia, hasta transitar en la actualidad a un nuevo escenario donde predominan los enfoques de “acción colectiva” que dan cuenta de la proliferación de diversas acciones colectivas que operan como grupos de presión, pero que parecen alejarse de las “clásicas” formas de los Movimientos Sociales, tanto en sus propuestas políticas como en el carácter que le otorgan a la participación social y por ende, a la manera de entender y concebir la Democracia.

Sin embargo, pareciera ser que el régimen dictatorial y represivo que marcó la historia de nuestro país durante casi dos décadas, junto al régimen económico que durante este período se implementó y que, dicho sea de paso, nos hace aparecer como el país con mayor desarrollo comparativo de la región, pero con las mayores desigualdades en la distribución de la riqueza del mundo, sumados al discurso alienante que se ha instaurado de la eterna transición a la democracia, han debilitado de tal manera nuestra identidad nacional que cualquier grupo que se sienta llamado a promover movimientos sociales de cualquier tipo, se encuentra absolutamente invisibilizado.

Nos encontramos además, en un país donde la clase política se encuentra cada vez más deslegitimada, el sistema de representación político es cada vez menos representativo, valga la redundancia, los grandes bloques se encuentran cada vez más fragmentados, aparecen nuevos partidos con nuevos nombres, pero con las mismas ideas y las mismas personas, todo lo cual ha provocado un escepticismo generalizado y una población electoral cada vez más pequeña en número y más vieja en edad.

Por otra parte, los y las chilenas nos encontramos inmersos en un sistema económico y social que nos presiona para ingresar, cada vez a más temprana edad, a los pocos y herméticos círculos que garantizarán nuestro tan anhelado “éxito social”. Es así como los niños y niñas chilenos a muy temprana edad deben competir para ingresar a los colegios más prestigiosos de nuestro país; los y las jóvenes deben, además de conseguir las altas sumas de dinero que implica costear la educación superior en Chile, someterse a rigurosos procesos de selección cuyo éxito está determinado, en gran medida, por el colegio en el que hayan estudiado; mientras que los adultos deben luchar por ingresar y mantenerse en un mercado laboral cada vez más competitivo e inestable.

Todos estos elementos, han incidido fuertemente para que nos convirtamos en una sociedad cada vez más individualista, consumidora y elitista, que valora de sobremanera el bienestar personal por sobre el colectivo. Es por ello que en este escenario, resulta francamente difícil pensar que en la sociedad chilena, o en algún sector de ella, fuera capaz de emerger algún movimiento social que releva nuevamente la importancia del bien público. Esto, hasta que a mediados del año 2006, un grupo de estudiantes secundarios de los colegios municipalizados emblemáticos de nuestro país, aparecen en la escena pública para protagonizar el mayor movimiento social ocurrido en Chile en los últimos 30 años.

Se trata del Movimiento de Estudiantes Secundarios, cuyos protagonistas no son ni más, ni menos que jóvenes cuyas edades no superan los 18 años, tremendamente diferentes entre sí y que, pese a ello y echando por tierra aquel supuesto instalado por

los medios de comunicación y asumidos por el inconciente colectivo de aparente apatía y falta de compromiso con su entorno, lograron unificar sus voces en pos de un ejercicio de democracia participativa, manifestando su descontento con el sistema educativo en el que se encuentran inmersos e instaurando como bandera de lucha el derecho a ‘una educación de calidad para todos’.

En esa ocasión, los estudiantes secundarios de todo el país permanecieron movilizados por casi 40 días, convirtiéndose durante este período en el foco casi exclusivo de los medios de comunicación nacional, siendo observados además con atención y asombro por el resto del mundo. Lograron una simpatía ciudadana absoluta, poniendo en jaque al recién estrenado gobierno de Michelle Bachelet y convirtiéndose en el detonante de un precoz ajuste de gabinete que incluyó la salida del ministro del interior y por supuesto, del titular de educación.

Se trata claramente por sus edades, de jóvenes que no cargan sobre sus hombros el estigma de ser “hijos de la dictadura” y que no temen a la represión porque, afortunadamente, son parte de una sociedad que tolera cada vez menos los abusos de poder, son los jóvenes que no se inscriben en los registros electorales, **no** porque no les importe lo que pasa en su país sino porque la clase política existente no los representa y porque asumen su auto-exclusión como una forma de protesta. Son en definitiva, los nuevos actores sociales de nuestra sociedad.

Como consecuencia de este movimiento, además de la victoria en aquellas demandas económicas específicas que motivaron el inicio de la movilización, lograron entre otras cosas, que se conformara un comité asesor para la educación, donde se instaló un grupo de expertos, incluidos los estudiantes, para discutir sobre la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) heredada de la dictadura y que finalmente fue reemplazada por la Ley General de Educación (LEGE). Pero por sobre todo, esta rebelión estudiantil nos devolvió como país (y aunque fuera de manera esporádica) la ilusión de pensar que estamos llamados a ser artífices de la sociedad en la que vivimos, nos obligó a observar y reconocer que aquellos seres que los medios de comunicación nos presentan como apáticos y extraños, ocultos tras el maquillaje y los atuendos de la tribu urbana a la que pertenecen, no son (solo) lo que parecen. Nos obligó a reconocer que detrás de los MP3, el Chat o los celulares hay jóvenes que piensan, sueñan y se organizan para exigir un mundo mejor, que son capaces de reconocerse con sus iguales y de aceptarse en sus diferencias, que son capaces de enrostrar a la clase política sus promesas de campaña para exigir su cumplimiento.

En este sentido, podemos decir que más allá de la evaluación que podamos realizar a dos años del bullado movimiento, la organización y la visibilización lograda por los estudiantes secundarios establece un precedente histórico en nuestro país, los jóvenes logran sacudir aquello que ya a estas alturas parecido incommovible, logran cuestionar el modelo económico planteando, por ejemplo, su resistencia a pagar por una prueba de selección universitaria que no hace más que evidenciar las grandes diferencias en la calidad de la educación de los establecimientos según su fuente de financiamiento.

Pero, ¿cómo lograron los estudiantes secundarios organizarse de tal manera que lograron movilizar a todo un país?. Una de los elementos fundamentales del éxito de este movimiento secundario que se produjo en Chile a mediados del año 2006, tuvo que

ver con la manera en que los estudiantes concibieron la organización y la toma de decisiones al interior de la misma. Aparece la figura de la ‘Asamblea¹’, como un espacio horizontal y democrático que promueve la participación de todos sus integrantes y las potencialidades del colectivo, al mismo tiempo que se diferencia de las formas tradicionales de organización estudiantil como por ejemplo de la figura del centro de alumnos, que funciona bajo una lógica vertical donde prevalece la jerarquización de los integrantes y la toma de decisiones a nivel cupular.

Se trata en definitiva, de una nueva manera en que los jóvenes conciben la participación y que tuvo a través de este movimiento social, una incidencia directa en la agenda política nacional. Sin embargo, no podemos analizar esta nueva concepción de participación como un hecho espontáneo que surge única y exclusivamente a raíz de la movilización estudiantil. Muy por el contrario, se trata de prácticas que, desde hace algún tiempo, han venido caracterizando las formas de organización y de participación de los jóvenes de nuestra sociedad, y que, especialmente en los sectores populares, han adquirido gran fuerza. Esta afirmación, la realizamos no solo basados en la bibliografía existente en nuestro país sobre participación y organización juvenil, sino además observando en la práctica, la experiencia de implementación y sistematización de la iniciativa MOMIC² de la cual formo parte y que pretende a través de una propuesta formativa basada en los principios de la educación popular, la participación juvenil y el desarrollo comunitario, generar movimiento juvenil con incidencia en lo local.

A través de esta experiencia, que se desarrolla con los y las jóvenes de sectores populares del gran Santiago hemos reafirmado nuestra creencia de que aquellas formas de participación que se han venido desarrollando hace años en el mundo juvenil y que solo eran concebidas como participación social o comunitaria, han demostrado que pueden llegar a incidir en los temas políticos ya sea a nivel nacional o local, y que los jóvenes lejos de interesarse por las únicas formas de participación política que son legitimadas por el mundo adulto, como lo es la militancia política o la participación electoral, han decidido ser protagonistas sociales a través de un nuevo lenguaje y de una nueva forma de concebir lo político.

Y es precisamente basado en éstas dos experiencias, la del Movimiento de Estudiantes Secundario y la experiencia de MOMIC que nos atrevemos a decir que en estas nuevas formas de participación juvenil surgen nuevas identificaciones, que ya no transitan por las estructuras tradicionales de asociatividad, sino que más bien se arrojan contra la corriente sociocultural dominante para sumergirse en lo colectivo y lo comunitario.

Solo por mencionar algunos de los aspectos más relevantes que caracterizan estas nuevas formas de organización juvenil, podemos mencionar que se trata de organizaciones que, alejadas de la concepción leninista del poder entendido como “un objeto que se quita a las clases gobernantes”, adscriben a una visión mucho más Foucaultiana al concebir el poder como algo que se construye entre todos y desde las

¹ Asamblea de estudiantes Secundarios, ASES.

² Modelo Metodológico Intersectorial Comunitario, es un proyecto que durante cuatro años se ha implementado en las poblaciones de 5 comunas del gran Santiago: Cerro Navia (Población Las Viñitas), Pudahuel (Población La estrella Sur), La Pintana (población Santo Tomás), Estación Central (Población Los Nogales) y la comuna de Pedro Aguirre Cerda (Población La Victoria).

mayorías... en este sentido, los colectivos apuntan a construir un poder distinto, no quitarles el poder a los que están arriba para poner a otro en ese lugar... sino un poder que pretende construir relaciones distintas entre las personas, un poder que sea capaz de que la gente decida, de que la gente resuelva sus problemas y que no hayan otros que decidan por ellos”³.

Otra de las características del concepto de colectivo que prevalece entre estas nuevas formas de organización juvenil, y tal como fue concebido también en el movimiento secundario, es el carácter Asambleísta de las mismas, que valora de sobremanera la equidad entre los miembros del colectivo. En este sentido, el concepto de colectivo no contempla la figura de un equipo directivo, sino que descansa bajo la lógica de la rotación en los roles y las responsabilidades del grupo, lo que en definitiva no hace más que reafirmar el carácter democrático-participativo de esta nueva forma de organización.

Por otra parte, los colectivos juveniles asumen un carácter pluralista en la medida que no solo se aceptan la diversidad de opiniones y estilos al interior de la organización, sino además una diversidad de visiones de la sociedad, otorgándoles con ello, un sello de tolerancia y democracia, mientras que como el mecanismo más óptimo para financiar sus actividades, legitiman figura de la autogestión sobre todo porque se asocian muy fuertemente al concepto de libertad en tanto constituye una alternativa que permite romper con la dependencia con las fuentes de financiamiento que afecta a muchas de las organizaciones de base.

Por último, estos colectivos juveniles “apuntan a mirar y hacer política desde la cultura”⁴, utilizando las diferentes expresiones artísticas y culturales para transmitir un mensaje abiertamente político, que se traduce en la generación de identidad local, en la promulgación del enfoque de derecho, a través de la visibilización y denuncia de los problemas que afectan tanto a su entorno local como general, exigiendo por ejemplo, que las autoridades políticas cumplan con sus promesas electorales o que integren en sus agendas ciertos temas que se encuentran olvidados, entre muchas otras.

Se trata de “... asociaciones, [que] al contrario de los movimientos sociales clásicos... no tiene necesariamente su eje en identidades de definición económico estructural... [sino que] son agrupaciones para las que, en cambio, es central el reconocimiento social y la afirmación de la identidad, es decir, una definición más cultural que sistémica/económica”⁵, definición cultural que sin embargo, es entendida como un eje inseparable de las apuestas sociales.

Ahora bien, si tuviéramos que establecer cuáles son los aspectos que diferencian al movimiento estudiantil de estos otros movimientos juveniles asociados principalmente a la escena cultural, especialmente de aquellos que se desarrollan en los sectores populares, es que el movimiento liderado por los estudiantes secundarios concibe la idea de cambio social de manera mucho más global y que, pese a estar motivado en principio por un conjunto de demandas específicas de tipo económico, rápidamente logran repensar el sentido de la movilización para observar y cuestionar el sistema educativo en su conjunto a través del enfoque de derecho. Mientras que los

³ Muñoz Tamayo, 2006

⁴ IDEM.

⁵ IDEM

colectivos juveniles que funcionan a nivel local, centran su riqueza precisamente en este carácter local y buscan a través del desarrollo de las potencialidades del grupo, generar la transformación de su entorno, a través de acciones visibles de corto y mediano alcance.

Es en este escenario, donde la participación y la vigilancia social forman parte de un nuevo concepto de ciudadanía en el marco de la democracia participativa. Estas estrategias de la acción social colectiva redefinen los significados que la democracia representativa da a lo “público” y a la “política” como aquello que se desenvuelve en el escenario de la acción de gobernar. Si para la democracia tradicional, el acto ciudadano por excelencia es el de elegir a los gobernantes a través del voto en las urnas, la democracia participativa supone la intervención de los ciudadanos en la orientación de las políticas públicas y en la vigilancia del desempeño de las autoridades, al mismo tiempo que los invita a participar de manera activa en los procesos de cambio social.

Y es desde aquí que queremos abrir el debate para analizar si efectivamente a través de estas nuevas formas de participación, ¿es legítimo seguir hablando de una democracia representativa?, o por el contrario, debemos pensar en ¿cómo validar estas nuevas formas de participación?

¿Acaso el centro en lo cultural, lo identitario y lo estético es argumento suficiente para hablar de nuevos movimientos sociales?

¿Cómo se aplican los macro análisis de estas nuevas condiciones de asociatividad juvenil a realidades locales, de corte territorial en cuanto las dimensiones políticas y socio culturales presentes en su que hacer, definición y proyecciones?

Bibliografía

- Berger, P y Luckman, T: “*La construcción social de la realidad*”, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 1989.
- Duarte, Claudio: “*Juventud popular: El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*”, Santiago de Chile, LOM Ediciones. 1994.
- Durkheim, Emilio: “*Las reglas del método sociológico*”, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1969.
- Galeano, Eduardo: "Los nadie", en *El Hereje*, Santiago de Chile N° 3 (Julio, 1990)
- Gallardo, Helio *Observaciones básicas respecto de actores sociales, movimiento popular y sujeto histórico en la América Latina de la década de los noventa* San José, Inédito, 1992.
- Bourdieu, P. (1990). "La juventud no es más que una palabra", en *Sociología y Cultura*. México D. F., CriJalbo-CNCA (Los noventa).
- - Duarte, Claudio: "Ejes juveniles de lectura, para desenmascarar las bestias y anunciar los sueños", en *Pasos Especial* No. 6, 1996.
- Duarte, Claudio: *Participación comunitaria juvenil. Miradas desde las lunas y los soles en sectores populares*. Santiago de Chile, Instituto de la Mujer, 1997.
- Duarte, Claudio: “*Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo*”. Tesis para optar al Título de Sociólogo, Universidad de Chile, 1999.
- Duarte, Claudio: "Juventud o Juventudes. Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente", en *Última Década* (CIDPA, Viña del Mar-Chile) No. 13, 2000.
- Kuasnosky, S. y Szulik, D.: "Desde los márgenes de la juventud", en Margulis, M.(ed.).*¿En, es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1995.
- Goicovic, I.: "Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile", en *Última Década* (CIDRA, Viña del Mar-Chile) Año 8, No. 12, 2000.
- Prodeni, (2000). *Sistematización Proyecto. Participación y Protagonismo Estudiantil*. Santiago de Chile.
- Oscar Aguilera Ruiz: “*Estudios sobre juventud en Chile: un posible estado de la cuestión*”.
- Víctor Muñoz Tamayo: “*Condiciones «post» y Asociatividad Juvenil: preguntas por lo político en México y Chile*”.
- Claudio Duarte Quapper: “*Trayectorias en la construcción de una Sociología de lo Juvenil en Chile*”.
- Zarzuri Raúl y Ganter Rodrigo, Compiladores: “*Jóvenes: la diferencia como consigna*”. Ensayos sobre la diversidad Cultural Juvenil. CESC, Santiago, 2005